

infancia y poesía

6119 C00166576

Era conductor de un tren lastre.
Pocos saben lo que es un tren lastre.
En la región austral, de grandes
venderías, los vagones se levantan los
ríos si no se les echaba piedrecillas
entre los durmientes. Hay que sacar en
capachos el lastre de las canteras y
volcar la piedra menuda en los carros
pequeños. Hace cuarenta años la
tripulación de un tren de esta clase
tenía que ser formidable. Venían de los
campesinos, de los suburbios, de las
ciudades. Eran gigantes y
musculosos peones. Los salarios de la
empresa eran miserables y no se podían
arrepentir a los que querían trabajar
en los trenes lastre. Mi padre era el
conductor del tren. Se había
acostumbrado a mandar y a obedecer.
A veces me llevaba con él. Picábamos
piedra en Bona, corazón silvestre de la
frontera, escudo de los temibles
cuervos entre anglos y andinos.
Es difícil dar una idea de una casa como
la mía, casa típica de la frontera, hace
sesenta años.

En primer lugar, los domicilios familiares
se intercomunicaban. Por el fondo de
los patios, los Reyes y los Chigpas, los
Candia y los Mason se intercambiaban
humoradas o libros, sorteo de
cumpleaños, ungüentos para
morciones, paraguas, mesas y sillas.
Estas cosas pioneras cubrían todas las
actividades de un pueblo.

En esta casa de los Mason había
también un salón al que no nos dejaban
entrar a los chicos. Nunca supe el
verdadero color de los muebles porque
estaban cubiertos con fundas
blancas hasta que se los llevó un
incendio. Había allí un álbum con
fotografías de la familia. Estas fotos eran
más finas y delicadas que las terribles
ampliaciones luminosas que invadieron
después la frontera.

Existía un retrato de mi madre: una
señora sencilla de negro, delgada y
pensativa. Me han dicho que escribía
versos, pero nunca los vi, sino aquel
hermoso retrato.

Mi padre se había casado en segundas
nupcias con doña Trinidad Candia.
Maravilla, mi madrastra. Me parece
increíble tener que dar este nombre al
ángel tutelar de mi infancia. Era diligente
y dulce, tenía terrores de humo
campesino, una bondad activa e
infatigable.

Apenas llegaba mi padre, ella se
transformaba sólo en una sombra suave
como todas las mujeres de entonces y
de allá.

A la ciudad de Temuco llegó el año
1910. En este año memorable entré al
liceo, un vasto caserón con salas
destatadas y subterráneos sombríos.
Desde la altura del liceo, en primavera,
se divisaba el condado y delicioso río
Cautín, con sus márgenes poblados por
manzanos silvestres. Nos
escapábamos de las clases para meter
los pies en el agua fría que corría sobre
las piedras blancas.

Pero el liceo era un terreno de inmensas
perspectivas para mis seis años de
edad. Todo tenía posibilidad de
metido. El laboratorio de Física, al que
no me dejaban entrar, lleno de
instrumentos deslumbrantes, de
retortas y cubetas. La biblioteca,
eternamente cerrada. Los hijos de los
pioneros no gustaban de la sabiduría.
Sin embargo, el sitio de mayor
fascinación era el subterráneo. Había allí
un silencio y una oscuridad muy
grandes. Alumbándonos con velas
jugábamos a la guerra. Los vencedores
amarraban a los prisioneros a las viejas
columnas. Todavía conservo en la
memoria el olor a humedad, a sitio
escondido, a tumba, que emanaba del



Con la familia en 1907, en Formosa Laura, don José
del Carmen, la "memoria" Trinidad y Rodolfo Reyes

subterráneo del liceo de Temuco.
Fui creciendo. Me comenzaron a
interesar los libros. En las huachas de
Burlato Bili, en los viajes de Salgar, se
fue extendiendo mi espíritu por las
regiones del sueño. Los primeros
amores, los primeros, se desmoronaban
en cartas enviadas a Blanca Wilson. Esta
muchacha era la hija del herrero y uno
de los muchachos, perdido de amor por
ella, me pidió que le escribiera sus
cartas de amor. No recuerdo cómo
serían estas cartas, pero tal vez fueron
mis primeras obras literarias, pues, cierta
vez, al encontrarme con la colegiala,
ésta me preguntó si yo era el autor de
las cartas que le llevaba su enamorado.
No me atreví a negar de mis obras y
muy turbado le respondí que sí.
Entonces me pasó un membrete que
por supuesto no quise comer y guardé
como un tesoro. Desplazado así mi
compañero en el corazón de la
muchacha, continué escribiéndole a ella
interminables cartas de amor y
recibiendo membrillos.

Recuerdo también que una vez,
buscando los pequeños objetos y los
minúsculos tesoros de mi mundo en el
fondo de mi casa, encontré un agujero
en una tabla del corral. Miré a través
del hueco y vi un terreno igual al de mi
casa, bañado y silvestre. Me retiré unos
pasos porque vagamente supe que iba
a pasar algo. De pronto apareció una
mano. Era la mano pequeña de un
niño de mi edad. Cuando me acerqué
ya no estaba la mano y en su lugar había
una diminuta oveja blanca.
Era una oveja de lana desteñida. Las
ruedas con que se deslizaba se habían

escapado. Nunca había visto yo una
oveja tan linda. Fui a mi casa y volví con
un regalo que dié en el mismo día: una
pila de pino, enmohecida, olorosa y
balsámica que yo adoraba.

Nunca más vi la mano del niño. Nunca
más he vuelto a ver una oveja como
aquella. La perdí en un incendio. Y aun
ahora, en estos años, cuando paso por
una juguetería, miro furtivamente las
vítiimas. Pero en mí, Nunca más se
hizo una oveja como aquella.

EL PADRE

El padre bruto huele
de sus trenes
reconociendo
en la noche
el pie
de la locomotora
perforando la lluvia.
El viento en una ráfaga
entra con mi padre
y entre los dos puertos y presiones
la casa
se sacude,
las puertas asustadas
se golpean con seco
deseño de pistolas,
las escalas pelean
y una olla vola
recombinada, hostil,
mientras la tempestad
sombra, la lluvia tiene calarata
desperdiciada en los techos
ahogaba poco a poco
el mundo
y no se oía nada más que el viento
peleando con la lluvia.

Sin embargo, era dulce.
Capitán de su tren, del alba día,
y apenas descubría
el vago sol, allí estaba su berta,
sus tendones
verdes y rojos, lejos los faros,
el carbón de la máquina en su infierno,
la estación con los trenes en la bruma
y su deber hacia la geografía.

El ferrocarril es hermano en tierra
y en los pequeños puertos sin mar
-puertos del bosque- el tren corre que corre
desenterrando la naturaleza,
cumpliendo su navegación terrestre.
Cuando descanse elargo hen
se juntan los amigos,
entran, se abren las puertas de mi infancia,
y desfilan
el lugar
de los ojos del vino.

Mi pobre padre duro
allí estaba, en el eje de la vida,
la viri amistad, la cose fene.
Se veía la una rápida milica
y entre su madrugador y sus caminos,
entre llegar para salir comiendo,
un día con más lluvia que otros días
el conductor José del Carmen Reyes
abrió al tren de la muerte y hasta ahora no ha
vuelto.



Infancia y poesía [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Infancia y poesía [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile